ISSN: (EN CURSO)

EL VIAJE POR ESPAÑA DE GEORGE TICKNOR Y SUS *DIARIOS* (1818)[1]

George Ticknor's Travel in Spain and His Journals *(1818)*

Antonio Martín Ezpeleta
Universidad de Jaén; anmartin@unizar.es

Recibido: marzo de 2010; aceptado: junio de 2010; publicado: julio de 2011
BIBLID [(en curso) (2011) vol. 1; 25-47]
Ref. Bibl. ANTONIO MARTÍN EZPELETA. EL VIAJE POR ESPAÑA DE GEORGE TICKNOR Y SUS DIARIOS (1818). 1616: Anuario de Literatura Comparada, 1, 2011, 25-47

RESUMEN: El presente trabajo aborda, tras una breve presentación de George Ticknor y su viaje por Europa, el análisis de sus *Diarios de viaje por España*, que redactó durante la visita a la Península Ibérica que el famoso hispanista norteamericano llevó a cabo en 1818. Estos *Diarios*, en parte inéditos y sin traducción hasta el momento, reflejan una España que estaba dejando atrás la Guerra de la Independencia española, así como el paisaje y paisanaje nacionales, que el autor analiza con mucha atención en busca de la esencia del espíritu popular español. Todas estas cuestiones forman parte, pues, de este estudio sobre los *Diarios de viaje por España* de George Ticknor.

1. Este trabajo se enmarca en el proyecto de mi beca postdoctoral Fulbright/MEC que he desarrollado en la Universidad de Harvard asesorado por el profesor Luis Fernández Cifuentes.

© Ediciones Universidad de Salamanca

Palabras clave: George Ticknor, *diarios de viaje por españa*, viajeros extranjeros por España, carácter nacional español, *historia de la literatura española*.

ABSTRACT: This paper, after introducing briefly George Ticknor and his European tour, carries out the analysis of his *Diarios de viaje por España*, which this famous American Hispanist wrote during his visit to the Iberian Peninsula in 1818. These journals, in part unpublished and untranslated, show a Spain that is overcoming the Spanish War of Independence and the national landscape and peasantry, which the author studies carefully searching for the essence of the Spanish popular character. All these issues are thus part of this study on *Diarios de viaje por España* by George Ticknor.

Key words: George Ticknor, *diarios de viaje por España*, foreign travelers to spain, spanish national character, *history of Spanish Literature*.

La historia de los viajeros extranjeros en España es verdaderamente amplia e interesante. George Ticknor (Boston, 1791 y 1871) no es acaso el menos conocido de todos ellos[2]. Su emblemática personalidad, de sobras plasmada en su importante *History of the Spanish Literature* (1849), ha llamado la atención de varios estudiosos, entre los cuales curiosamente destacan varios hispanistas también extranjeros, como los italianos Arturo Farinelli o Franco Meregalli, pioneros en su presentación a la comunidad científica[3]. Además, su citada *Historia literaria* ha sido reconocida como la

2. La bibliografía sobre este asunto es abrumadora. Una buena carta de marear son los catálogos de viajeros por España de Farinelli (1979) o el reciente de García-Romeral Pérez (2004), por citar dos representativos, y a los que cabe añadirse el extenso repertorio de bibliografía secundaria que incluye Ortas Durand (2005).

3. Efectivamente, uno de los primeros estudiosos de la figura de George Ticknor fue Farinelli, quien, por ejemplo, dedicó en 1901 parte de su conferencia en el Ateneo de Madrid sobre *España y su literatura en el extranjero a través de los siglos*, luego publicada (1902), al intelectual de Boston. Por su parte, Meregalli preparó una semblanza más completa sobre Ticknor bastante despúes (1989). En este lapso de tiempo, a despecho de algunas referencias más o menos indirectas en las monografías sobre los hispanistas norteamericanos, como la pionera de Romera Navarro (1917), o la literatura de viajes, como las de Ortas Durand (1999, 2006), por ejemplo, Ticknor ha sido mucho más estudiado por su papel de historiador de la literatura. En Estados Unidos se publicaron diversas notas sobre su *Historia literaria* (Dewey 1928, Hillard 1950, Rathbun 1960), siendo el estudio de Hart (1954) el más interesante de todos ellos. Incluso un exiliado en Estados Unidos como el poeta Jorge Guillén no pudo resistir dedicar un trabajo en 1943, luego reeditado en varias ocasiones (1999), al insigne fundador del Departamento de Lenguas y Literatura Romances de Harvard. En la otra orilla del Atlántico, los estudiosos de la Historiografía literaria

© Ediciones Universidad de Salamanca

primera obra de este tipo para el caso español; como la fuente de erudición literaria –especialmente aurisecular– por antonomasia hasta la publicación de la obra de Menéndez Pelayo; y, en fin, como todo un paradigma de explicación de la Historia de la literatura española según el patrón del *Volksgeist* español, que ha resistido el tiempo, por cierto, mucho mejor que otras *Historias literarias* posteriores.

Sin embargo, los diarios de viaje que redactó Ticknor al hilo de su visita a España entre los meses de abril y octubre de 1818 no han recibido toda la atención que merecen. Para empezar, no contamos con ninguna traducción[4], y las ediciones anglosajonas son en puridad antologías de los diarios, como demuestra el cotejo con los originales[5]. Como podremos comprobar, la imagen que brinda de la España de 1818, que a duras penas salía de la terrible situación que provocó la Guerra de la Independencia española, ofrece claves muy interesantes sobre la sociedad aristocrática y

española han prestado también atención a su *Historia literaria* (Fernández Cifuentes 2004, Núñez/Campos 2005, Mainer 2000, Martín Ezpeleta 2008, Pozuelo Yvancos 2000, Romero Tobar 2006, etcétera). Recientemente Jaksic (2007) en su importante monografía sobre los intelectuales norteamericanos interesados en España ha aportado información sobre materiales inéditos de Ticknor, custodiados en las Universidades de Harvard y Darmouth principalmente, además de asimilar los estudios anteriores sobre la biografía y el determinante papel social desarrollado por Ticknor en Nueva Inglaterra, como los de Tyack (1967) o Kagan (2002), entre otros.

4. La única edición que conozco en español es la breve antología de todos sus diarios titulada *Diario* (Ticknor 1952), en la que Antonio Dorta parte de la edición inglesa *Life, letters and journals or George Ticknor* (Ticknor 1968), que en la siguiente nota al pie reaparecerá. La porción dedicada a España de la traducción de Antonio Dorta ocupa menos de diez páginas (1952, 70-79), y la mayor parte de ellas no pertenecen a los diarios, sino a la correspondencia de Ticknor con su familia publicada.

5. En la actualidad me encuentro concluyendo la edición crítica y traducción de la parte de los diarios de viaje por España de George Ticknor. Las citas a esta obra, que titulo *Diarios de viaje por España*, remitirán sencillamente a los números de página provisionales de esta edición entre paréntesis. Los manuscritos autógrafos en los que se basa la edición se encuentran microfilmados en la Biblioteca Widener de la Universidad de Harvard (los originales están custodiados en la biblioteca de la Universidad de Darmouth). Las antiguas ediciones de los diarios de viaje de George Ticknor por España son dos. De un lado, *Life, letters and journals or George Ticknor*, que selecciona en dos volúmenes fragmentos de todos los diarios de viaje de Ticknor, y fue dirigida por Hillard (primera edición, 1876; lo relacionado con el viaje a España se encuentra en Ticknor 1968, I, 185-249). Y de otro, la edición de Northup *Ticknor's Travels in Spain* (Ticknor 1913). Este trabajo es, pues, una presentación de algunas de las cuestiones que en el estudio introductorio de dicha edición desarrollaré con más detalle. En dos reuniones científicas, me he detenido sobre el género de estos diarios de George Ticknor y la idea del carácter nacional que opera en ellos (Martín Ezpeleta en prensa a y b), aspectos que reaparecerán sumariamente en las siguientes páginas.

la política de la Corte, que critica, así como del heroísmo y las costumbres del pueblo llano, que tanta admiración le suscitan. Por lo demás, hay que notar que el viaje a España y las notas tomadas sobre este fundamentan la idea del carácter nacional español que sujeta su *Historia literaria*, como el mismo autor confiesa en el prólogo. Pero, antes de nada, comencemos con unas líneas de presentación sobre la figura de George Ticknor y su intenso viaje por Europa.

George Ticknor y su *grand tour*

Desde muy joven, nuestro autor destacó por sus aptitudes para el estudio. Su familia, perfectamente ubicada en el ámbito de los descendientes de los protestantes ingleses y la alta burguesía de Nueva Inglaterra, le procuró la mejor educación, y no tardó mucho en elegir el camino de las Humanidades. Su formación en lenguas clásicas (recibió lecciones particulares de John Sylvester John Gardiner, el rector de la Iglesia de Trinity en Boston) era, por ejemplo, excelente mucho antes de cumplir los veinte años. Y tras algo más que un escarceo en los estudios de Jurisprudencia, George Ticknor se determinó a intensificar su aprendizaje de las lenguas y literaturas clásicas primero para, como es sabido, abandonar estas por las modernas (italiano, francés y, especialmente, español).

Pero esta vocación no nacía simplemente de un mero afán de conocimiento; sino que hay que entenderla como una suerte de patriotismo. Ticknor pertenecía a la que ha sido una de las generaciones de intelectuales más ilustres de Estados Unidos, en la cual se dieron cita reputados hispanistas como George Washington Montgomery, Washington Irving o William H. Prescott, como ha estudiado García Castañeda (1999). Estos autores hay que englobarlos en un grupo de grandes personalidades más amplio, los conocidos como *Boston brahmins*, compuesto por los fundadores de Boston y Nueva Inglaterra con Samuel Adams a la cabeza (Tyack 1967). Todos ellos compartían el claro objetivo de convertir a Estados Unidos en la nación más moderna e importante del mundo. El servicio a la sociedad americana es, por tanto, el objetivo último del trabajo de Ticknor, que durante toda su vida se comportó como un verdadero intelectual y filántropo. Basta con recordar su proyecto más ambicioso y altruista: la fundación de la primera Biblioteca Pública de Boston, a la que donó su riquísima biblioteca personal de libros españoles, donde se encuentra, entre otros, el manuscrito original de *El castigo sin venganza*, de Lope de Vega (1631).

Como es sabido, en aquel momento la gran potencia cultural era Europa. De este modo, no es de extrañar que cuando Ticknor contaba con veinticuatro años considerara poco menos que necesario visitar el Viejo

Continente, según era costumbre entre los ilustrados ingleses. La idea era empaparse de la cultura de las grandes naciones europeas, de Francia y Alemania sobre todo, sin olvidar un rendido tributo a Italia y España, países cuyas historias y literaturas tanto admiraba. Por lo demás, no es difícil darse cuenta de que tras este apetito cultural del joven Ticknor se encontraba también un romántico anhelo de aventuras, como las que había leído en los libros de viaje de autores como el alemán Christian August Fischer o el francés Alexandre de Laborde para el caso de España, como luego veremos. Estas lecturas espolearon todavía más la ya desmedida atracción que sentía por la España que reflejaban *El Quijote* o el *Gil Blas*, de Lesage, dos de sus libros predilectos, y muy citados en sus *Diarios de viaje por España*.

Además, como se explica en una nota inédita firmada por el propio Ticknor escrita con motivo de la preparación de la antología de sus diarios y papeles personales a cargo de George S. Hillard, una vez decidida su marcha a Europa se afanó en recopilar toda la información que pudo sobre los países que iba a visitar próximamente, donde a buen seguro vería intensificado su deseo por conocer mundos tan pintorescos y exóticos, como paradigmáticamente era descrita España. Explica Ticknor sobre su tarea de documentación y estudio de los países que iba a visitar en la nota mencionada:

> Antes de ir a los países que tenía intención de visitar, recopilé en otros cuadernos manuscritos todos los hechos estadísticos, históricos y geográficos relativos a estos países que pude. Esto no fue tarea fácil. [...]
> Con todo, no recuerdo muchos libros –me refiero a libros de viaje comunes– que me fueran de gran ayuda; tan solo el *Reise in Italien*, de Stolberg; la *Italia* de Forsyth; la *Suiza* de Ebert; la *España* de Ladorde; y quizá otros dos o tres (5 y 8).

Tal era la ilusión por visitar Europa que incluso no tuvo reparos en marcharse a la espera de que se resolviera su candidatura para entrar a formar parte de la Universidad de Harvard, que su presidente John Kirkland había favorecido, impresionado por la importante formación por la que ya era conocido George Ticknor en Nueva Inglaterra. Así las cosas, nuestro autor partió hacia Europa en 1815. Su primer destino, vía Inglaterra, fue, ni más ni menos, la Universidad de Gotinga[6].

6. Se acaba de publicar una edición muy completa sobre los diarios de viaje de Ticknor por Alemania (Ticknor 2009).

En este lugar se encontraban personalidades del estudio y creación literaria de la talla de Friedrich Bouterwek, cuyo curso sobre la literatura española siguió, Ferdinand Wolf o, en fin, Johann Wolfgang von Goethe. Ticknor disfrutó en el ambiente universitario de Gotinga y avanzó mucho en su conocimiento de la metodología de estudio literario del momento, la persecución del *Volksgeist*, según los planteamientos de los filósofos Herder y Schiller sobre todo. Como se sabe, estos autores defendían la idea de que cada pueblo posee un carácter genuino, rastreable en su historia y sus creaciones artísticas, que determina su destino como nación. Bouterwek, uno de los primeros que acometieron la tarea de historiar la literatura española, influyó sobremanera en Ticknor. Su *History of the Spanish Literature* es claramente deudora de los avances de Bouterwek, además de los del suizo Sismonde de Sismondi, sobre el nacimiento de las literaturas nacionales europeas. Así lo confiesa el propio Ticknor en su *Syllabus if a course of lectures on the hystory and criticism of Spanish Literature*, prontuario académico de enorme repercusión en el ámbito docente universitario de Harvard, aunque no solo, que preparó para estructurar sus pioneras lecciones de literatura española en Estados Unidos (Ticknor 1823, III-IV)[7].

Fascinado en sus estudios en Gotinga, es cuando Ticknor recibió la invitación formal de Harvard para que se convirtiera en el fundador del Departamento de Lenguas y Literaturas Romances (francés y español) de la Universidad de Harvard, el que iba a ser el primer departamento de este tipo en todo Estados Unidos. Ticknor no se mostró del todo entusiasmado con la posibilidad de tener que abandonar su excitante viaje por Europa; pero dejó en manos de su padre, Eliah Ticknor, la decisión de aceptar o rechazar la invitación de Harvard. Lo hizo enviándole a su padre dos cartas para el presidente Kirkland, una de aceptación y otra de rechazo, con la idea de que fuera su padre quien eligiera una de las dos y se la hiciera llegar al destinatario. Finalmente, Ticknor aceptó el puesto; aunque con la condición de que se le permitiera seguir formándose un tiempo en Europa, donde aprendería bien las lenguas que iba a enseñar y adquiriría un número importante de libros –para lo cual le pidió recursos a Kirkland– con

7. Sobre este asunto, repárese en la bibliografía específica citada en la tercera nota al pie del presente trabajo. Como estudios de conjunto, cabe añadirse ahora la tesis doctoral inédita de Pérez Isasi (2008), que analiza detenidamente la *Historia literaria* de Ticknor, o las obras colectivas *Historia literaria/Historia de la literatura* y *Literatura y nación. La emergencia de las literaturas nacionales* (Romero Tobar 2004 y 2008), en las cuales además se refunde una bibliografía secundaria muy completa.

© Ediciones Universidad de Salamanca

los que completar un fondo bibliográfico de literaturas modernas, española especialmente. De esta manera, el viaje de Ticknor por Europa pudo continuar hasta 1819, cuando regresó a Cambridge para tomar posesión de su cátedra de Smith Professor.

En resumen, el saldo del viaje por Europa de Ticknor fue muy positivo. Este no solo visitó lugares y monumentos bellísimos, sino que tuvo la oportunidad de conocer a mucha gente de diferentes procedencias y a grandes personalidades de la política y las humanidades, como, por ejemplo, Alejandro Humboldt, Madam de Staël, Augustus Schlegel, Chateaubriand, el Duque de Rivas... Todo este conocimiento, además del proceso de introspección típico del viajero, coadyuvaron un crecimiento personal y cultural muy importante en Ticknor, como magníficamente atestiguan sus diarios (Ticknor 1968). Aunque la invitación de Harvard alteró los planes de Ticknor de recorrer, además de Alemania (desde donde visitó Suiza y Austria), Francia, Italia y España con tranquilidad (también pasó por Portugal o Inglaterra), tuvo tiempo de ser subyugado por el arte (la pintura italiana especialmente, de la que era un buen conocedor, o la arquitectura española), el paisaje de la Toscana, la Costa Azul y la Península Ibérica, y de relacionarse con suficiente gente como para formarse un juicio cabal sobre diferentes asuntos socio-políticos y culturales de estos países. España, que era en cierto modo el destino más romántico por el peligro que suponía la existencia de bandoleros, fue el país de todos ellos que más le impactó, como lo prueba el hecho de que dedicara buena parte de su vida a estudiar su cultura.

Pues bien, Ticknor entró en España por la Junquera el treinta de abril de 1818. Se convertía así en uno de los primeros viajeros románticos norteamericanos por la Península Ibérica, como luego lo fueron, por ejemplo, sus amigos Washington Irving o William H. Prescott. Serrano en su repertorio bibliográfico (1993) incluye varias estadísticas que arrojan el dato de que hubo treinta y seis norteamericanos que viajaron a España durante el siglo XIX, así como que el número de viajeros extranjeros a España incrementó notablemente la primera década para descender muchísimo hasta los años veinte (1993, 57-59). La razón, claro, se encuentra en el hecho de que durante la Guerra de la Independencia española y los años siguientes no era el mejor momento para visitar el país. Ticknor, como queda dicho, pionero de los viajeros norteamericanos (a partir de los viajes de Washington Irving se volvió un destino mucho más popular), se atrevió a visitar la Península Ibérica en esta época; aunque no poco preocupado, como queda patente al principio de sus *Diarios de viaje por España* cuando describe su ánimo justo antes de dejar Francia para entrar a España: «Ahora, pues, me encuentro bastante solo, con una sensación poco agradable y

© Ediciones Universidad de Salamanca

una perspectiva ni mucho menos halagüeña, sobre todo al ir a entrar en un país extranjero, y tratándose este de España» (9).

No obstante, más allá del excitado espíritu aventurero de nuestro autor, el gran objetivo del viaje era aprender *in situ* la lengua y cultura españolas, a partir de las cuales podría conformarse una idea ajustada del carácter nacional español, tal y como confiesa Ticknor en el mencionado prólogo de su *Historia literaria*:

> En el año de 1818 recorrí mucha parte de España, y pasé algunos meses en Madrid: mi objeto al hacer este viaje fue aumentar los escasos conocimientos que ya tenía de la lengua y literatura de aquel país, y adquirir libros españoles, que siempre han sido raros en los grandes mercados de librería de la Europa: en algunos puntos, mi visita correspondió al objeto que me había propuesto, en otros no (1851, I, I).

Pero pasemos ya a estudiar en el siguiente epígrafe la obra que nació al hilo de la visita a España de Ticknor, sus *Diarios de viaje por España*, donde reaparecerán y se ilustrarán algunas de las cuestiones hasta ahora apuntadas.

Los *Diarios de viaje* por España

En la citada nota escrita en 1868, el propio Ticknor define su obra como diarios (*journals*), y nos informa de que estos fueron escritos, *captatio benevolentiae* aparte, de manera descuidada a partir de unas anotaciones previas tomadas en unos pequeños *memoranda* de los que no tenemos mayor noticia:

> Los siguientes nueve volúmenes, aunque en muchas de sus partes no están escritos de manera descuidada, contienen meramente un recuento interrumpido, imperfecto y desarticulado de cómo pasé una parte de mi vida desde que embarqué en Boston hacia Europa el dieciséis de abril de 1815 hasta mi vuelta a casa el seis de junio de 1819.
> El principal objetivo de estos cuatro años de ausencia era encontrar maneras de educación y cultura mejores que las que podía obtener en casa; pero, en cuanto al uso que hice de estos modos, aquí casi no doy noticia. Este no era el lugar apropiado para ello. No obstante, este objetivo ocupó casi todo mi tiempo y es, por tanto, solo una pequeña porción del resto, solo de esa parte que dediqué a viajar, la sociedad y los divertimentos, de las que he hablado por extenso en estos diarios.
> Todo fue escrito en tiempo presente, dondequiera que paraba tiempo suficiente para hacerlo, a partir de los pequeños *memoranda* escritos en el mismo lugar en pequeños cuadernos que llevaba conmigo (6).

© Ediciones Universidad de Salamanca

La materia de estos diarios coincide perfectamente con la idea que poseemos de un libro de viajes[8]. Y sobre todo teniendo en cuenta que, refiriéndonos ya exclusivamente a la parte dedicada a España, estos están algo más que inspirados en los libros de viaje de Alexandre Louis Joseph, Marqués de Laborde, que citaba Ticknor en la nota comentada. Con su *Itinéraire descriptif de l'Espagne* (París, 1808), que completa su importante *Voyage pittoresque et historique en Espagne* (París, 1806-1820, 4 vols.), el Marqués de Laborde, además de procurar información científica de primera mano sobre la arqueología e historia de España, ejerció una gran influencia en la fijación de los tópicos y de los estereotipos culturales de los viajeros románticos que durante el siglo XIX visitaron la Península Ibérica.

Así, en los *Diarios de viaje por España* de Ticknor, como en las obras de Laborde, se mezcla la relación de los avatares de su viaje, el acopio de información sobre el clima, la geografía o incluso sobre la demografía de las ciudades que visita (deudora en muchos casos de los escritos de Laborde), así como el retrato tanto de la gente y sus costumbres –bien diferenciada por estratos sociales–, como del paisaje y monumentos que encuentra, según tendremos oportunidad de comprobar a continuación.

Respecto a los avatares del camino, podemos ilustrar una de las cuestiones que más afectan al desarrollo del viaje de Ticknor, como son los problemas de alojamiento o transporte en España. Destaca, por ejemplo, el retrato y casi tratado que prepara sobre el alojamiento de los viajeros en España cuando diferencia de manera muy clara las posadas, las ventas y las fondas españolas. Este es un fragmento sobre las ventas, que incluye, según hemos mencionado previamente, una cita de *El Quijote* (en una ocasión explica Ticknor que portaba siempre un ejemplar de la inmarcesible obra de Cervantes), y que deja bien claro, además, la precariedad que debían soportar los viajeros por España, de la que no pocas veces se queja nuestro autor:

> *Ventas*, casas como las anteriores [las posadas] donde hay solamente una habitación y fuego, aunque, lo que es peor, situadas en mitad del campo,

8. Estos son algunos estudios que caracterizan el género de los libros de viaje a partir principalmente del corpus de obras de este tipo sobre España: ALBURQUERQUE (2006), que por su parte sintetiza varias, CARRIZO RUEDA (1994, 1996 y 1997), GASQUET (2006), PEÑATE RIVERO (2004), PÉREZ PRIEGO (1984), REGALES SERNA (1983), SERRANO (1993), SILVA (2000 y 2004) y VILLAR DÉGANO (1995 y 2005). Por lo demás, estos son otros trabajos donde encontrar información sobre los libros de viaje: ALMARCEGUI ELDUAYEN y ROMERO TOBAR (2005), CARMONA FERNÁNDEZ y MARTÍNEZ PÉREZ (1996), CRISTÓVAO (1999), LUCENA GIRALDO y PIMENTEL (2005) y PEÑATE RIVERO (2004). En MARTÍN EZPELETA (en prensa a), se caracteriza el género de los *Diarios de viaje por España* de Ticknor a la luz de las referencias anteriores.

© Ediciones Universidad de Salamanca

> de tal manera que tienes que llevar todo contigo. Nosotros paramos en estas aproximadamente unas tres cuartas partes del viaje entre Barcelona y Madrid. Quien desee hacerse una idea de la asquerosa mugre y malos modales de aquellos que las regentan solo tiene que leer el *Don Quijote*, donde las descripciones son aún hoy tan fieles como ordinarias. Con todo, pobres como son, y caro para lo poco que obtienes en ellas, no existirían en absoluto si el gobierno no construyera las casas, y a veces incluso contratara gente para mantenerlas (21).

A las dificultades del transporte se debe alguno de los episodios más novelescos de los *Diarios*, como cuando Ticknor se ve obligado a viajar con una banda de contrabandistas desde Sevilla a Lisboa. Al parecer, esta era la manera más fácil y segura de recorrer este camino, así que nuestro autor, no sin cierto temor al principio, se une a un grupo de misteriosos hombres que muy pronto se le revelan como magníficas y auténticas muestras del pueblo español y su carácter nacional:

> Aun así, en mi caso, debo decir que rara vez he pasado ocho días más interesantes por la novedad y rareza de todo: dormir al raso cada noche –excepto una y, en ese caso, en la casa del jefe de nuestra banda–; comer bajo los árboles al mediodía; vivir en un equilibrio de perfecta igualdad y buena camaradería con gente a la que se le puede disparar o colgar según las leyes de su país en cualquier momento; o llevar una vida ciertamente tan nómada como si fuera un árabe o un mameluco. Por todo esto, pronto llegué a tener algo del mismo tipo de alegre temeridad que distinguía el carácter de mis compañeros (170).

Las inclemencias del viaje, además, suelen venir acompañadas de momentos de introspección personal muy íntimos. Este es un ejemplo muy simbólico: Ticknor, oteando el horizonte desde la costa de Gibraltar, echa la vista atrás, valora su largo viaje y recuerda su hogar al otro lado del Atlántico:

> De pie, pues, en el antiguo Calpe, uno de los antiguos nombres que nos ha llegado desde el amanecer del mundo, contemplas la cadena de la historia, desde las fábulas de Hércules hasta la batalla de Trafalgar. [...] Mientras tanto, la imaginación, por un lado, acompaña al Mediterráneo hasta que se evocan los recuerdos de Italia y Grecia; y, por otro, vaga por las soledades del Atlántico hasta que el corazón, que procede de un poco más allá, añora su hogar. En efecto, es una vista que no tiene precio. Aquel que la ha disfrutado y sentido como merece, incluso aunque viaje lejos, no puede por menos que perder la esperanza de volver a ver algo parecido [...] (148-149).

© Ediciones Universidad de Salamanca

También es muy oportuno este otro ejemplo, donde Ticknor se lamenta de tener que dejar a los amigos que ha hecho en Madrid:

> Me consolé, no obstante, como siempre hago cuando lamento dejar cualquier lugar donde he conocido personas interesantes que nunca voy a ver de nuevo, recordando que mi alejamiento de estos es el único medio que tengo de volver a aquellos a los que tanto quiero (118-119).

Según indicábamos, nada más entrar en cualquier ciudad Ticknor suele reparar en aspectos geográficos, incluyendo a veces información muy exacta y técnica. De todas ellas, Madrid, donde reside todo el verano, es la que recibe más atención. Este es un extracto que versa sobre el clima y la situación de la villa:

> Los veranos son excepcionalmente calurosos y secos. Es frecuente que no se vea ni una nube en toda la inalterable extensión del cielo durante seis semanas seguidas, y el año pasado no apareció ninguna durante tres meses. La consecuencia de esto es que el calor, la velocidad y la sequedad del aire debilita a todos los extranjeros. Así, aquí es necesario ingerir más bebidas frescas que en ningún otro sitio para contrarrestar la gran sudoración. Además, todo esto no es menos asombroso durante el invierno (33).

A todas estas cuestiones hay que añadir también el interés que se presta en los *Diarios* a describir la situación religiosa y política de España. Desde luego, a un norteamericano como Ticknor la relevancia de la religión y los religiosos en la vida española le tenía que llamar poderosamente la atención, como nada más entrar a España deja constancia:

> Gerona, además, me dio mi primer vislumbre de otro aspecto menos positivo del carácter español. Me refiero a su esclavitud religiosa. Cuando caminaba por las calles, me topaba cada cuatro o cinco personas con un solemne clérigo con su larga capa negra y un sombrero portentoso, curvado en los lados de un modo muy característico y exclusivo. Vi a la gente de clase baja hacerle más reverencias de las que un fariseo hubiera exigido, y todo a mi alrededor indicaba la preponderancia de la autoridad eclesiástica sobre todas las demás (13).

La política en España es tratada sobre todo cuando visita Madrid, donde Ticknor repasa todos los poderes del Estado, así como sus instituciones. De todas ellas, presta especial cuidado a repasar las educativas, de las que concluye:

> Entre las instituciones públicas, han de ser también tratadas las relacionadas con la educación, donde debería hacerse esta distinción general: aquellas que conciernen a la educación básica de las clases bajas son, en

cierto modo, buenas; pero aquellas relacionadas con ramas elevadas de la educación y las clases altas de la sociedad son malas (46).

En este punto, nuestro autor describe con cuidado el papel de la universidad española, diferenciando las disciplinas más importantes (Medicina, Filosofía, Literatura...).

Por lo demás, hay que destacar también las anotaciones sobre el carácter de los españoles, cuya recurrencia ofrecen la lectura de los *Diarios de viaje por España* como si de un ensayo sobre España y los españoles se tratara[9]. Y es que, como es sabido, el género de los libros de viaje es heterogéneo por definición. Según venimos explicando, los *Diarios de viaje por España* de Ticknor no son una excepción. Así, las anotaciones sobre España y los españoles, a despecho de que alguna de ellas se puede considerar una digresión no del todo relacionada[10], como un ensayo sobre el carácter nacional español o, si se quiere, una biografía (o etopeya, como se propone en Martín Ezpeleta, en prensa b) de España. Aquí es donde reside gran parte del valor de estos *Diarios de viaje por España*. Pues si el itinerario y la información general que brinda sobre las ciudades y sus monumentos son poco originales (el itinerario es prácticamente el mismo que siguió Laborde en su viaje por España[11]); la gran preparación y capacidad de observación de Ticknor nos ofrece comentarios muy interesantes sobre la España de 1818 y el carácter de sus habitantes.

Como hemos señalado, Ticknor se forma rápidamente una opinión mucho más favorable de las clases sociales bajas que las altas. En buena medida, esto se debe a que el autor de Boston considera imperdonable la falta de educación y cultura que observa en los aristócratas que conoce, comentarios como el que sigue no dejan lugar a dudas:

9. En Martín Ezpeleta (en prensa b) se apura esta lectura. La obra básica sobre el tema es la de Álvarez Junco (2001), a la que se pueden añadir las de Fox (1997), Fusi (2000) o Wulff (2003), entre muchas otras.

10. El caso más paradigmático es cuando visita Sevilla y por puro divertimento se afana en preparar una semblanza sobre el segundo hijo de Cristóbal Colón, Hernando Colón. Ticknor encuentra documentos muy interesantes en el Archivo de Indias en Sevilla (archivo del que tanto provecho obtendría su discípulo y amigo William Prescott unos años después) y sus anotaciones completan una digresión de más de tres páginas con referencias a legajos, a su testamentó y demás fuentes de su investigación (155).

11. Ticknor va diferenciando las provincias españoles por donde pasa: Gerona, Barcelona, Lérida, Zaragoza, Madrid, Segovia, Toledo, Jaén, Córdoba, Granada, Málaga, Cádiz y Sevilla. Como parece evidente, el pintoresquismo de Andalucía cobra una gran importancia, similar a la que recibe Madrid, donde reside todo el verano de 1818.

© Ediciones Universidad de Salamanca

> No obstante, cuanto más te acercas a las clases altas de la sociedad española, menos se parecen al tipo de clase social correspondiente. Como faltan casi todos los medios para una instrucción respetable, la clase media no tiene de ningún modo el carácter fuerte y decidido que tiene en otros países. A excepción de los de la costa, no tienen la ambición de acumular riqueza; porque eso no les proporcionará un mayor rango en la sociedad. Como son prácticamente ignorantes, llevan una vida holgazana, aburrida e indigna, en general (87).

Por no hablar de la descortesía e incompetencia de los políticos y toda la Corte del Rey Fernado VII, a quien llega a conocer personalmente:

> Del gobierno hay poco bueno que decir. El Rey, como persona, es un vulgar desvergonzado. La obscenidad, la baja y brutal obscenidad de su conversación, además de la rudeza de sus maneras son cuestiones notorias. [...]
> No repetiré lo que comentó de la toma de Pensacola a la persona que le transmitió por primera vez la noticia, porque, a mi modo de ver, es odioso e insufrible simplemente que lo dijera; ni los ejemplos de grosería, vulgaridad e insolencia hacia sus sirvientes y ministros, que son tan bien conocidos en Madrid como en el Prado. Malgastaría mi tiempo y espacio sin necesidad. Este es, pues, el cabeza de gobierno. ¡Y de qué gobierno! (39).

A juicio del autor nacido en Boston, la situación en 1818 con Fernando VII en el trono es el peor momento del pueblo español desde sus orígenes. Tras la guerra y el ajuste de cuentas con los afrancesados, el Gobierno no presta ninguna atención a sus intelectuales y su pueblo, que vive en la miseria más absoluta. De las clases sociales altas, pues, solo los pocos intelectuales españoles que se encuentra en su camino (José Madrazo, el Duque de Rivas, el historiador José Antonio Conde, varios académicos...) y el cuerpo de diplomáticos en España le merecen buena opinión, y con todos ellos disfruta aprendiendo el idioma y cultura de un país cuyo genuino carácter nacional le admira y apasiona.

Así no extrañará que Ticknor considere que la fama de heroico y respetable que goza el pueblo español sea especialmente debido a la esencia del pueblo llano. Esta cuestión se desarrolla principalmente con ocasión de la glosa de las batallas en las que han participado valerosamente los españoles, y que tanto le gusta evocar a Ticknor cuando se halla en las ciudades en que tuvieron lugar. Estas palabras las escribe al entrar en Zaragoza a mediados de mayo de 1818:

> Rindo homenaje al espíritu del pueblo que defendió Zaragoza, pero soy consciente de que hay que buscar otras causas, además de las morales, para

> explicar tal fenómeno. Es el mismo espíritu que en el 536 entregó solo un montón de ruinas de Sagunto a Aníbal, y en el 621 en Numancia, después de tres sitios, no rindió más que una población masacrada a Escipión. Este espíritu, que me siento satisfecho de haber conocido, ha existido siempre en España y nunca en otro país.
> Este espíritu se pone de manifiesto en sus guerras, con los romanos, los godos y los moros. Se mostró meridianamente y en repetidas ocasiones en la Guerra de Sucesión, y todo español que conocía bien su país supo predecir la Revolución que estalló en 1808. Este es el espíritu moral de todas aquellas personas, quienes, aunque puedan ser humildes y abyectas en la relación con sus mandatarios nacionales, nunca se someten a la usurpación extranjera, sin importarles la forma que asuma. Pero no es suficiente explicación. Porque ¿cómo es que tienen la fuerza física necesaria para soportar este espíritu implacable? (26-27).

Como cabe esperarse, Ticknor encuentra constantemente huellas de la terrible y reciente Guerra de la Independencia española (1808-1814), sobre todo a su paso por Cataluña y Aragón, donde incluso descubre huesos humanos y piezas de cuero y metal de los uniformes de los soldados en un campo cerca de Zaragoza. Los sitios de Zaragoza le impresionan sobremanera; este es un fragmento que da buena muestra de ello:

> No tengo palabras para expresar lo que vi allí, pues es una gloria que no tiene parangón. [...] Porque ¿cuáles son los rivales o modelos con los que compararlos para su correcta evaluación? En mi opinión, Leipzig, Lützen y Waterloo son, comparados con Zaragoza, campos de batalla ordinarios. [...] Me enseñaron dos calles donde los españoles, obligados a retirarse, lo hicieron tirando abajo los muros traseros de las casas. Continuaron entonces el fuego durante más de veinticuatro horas desde el otro lado desde donde aún podían ser apoyados. De esta manera, a los franceses les costó tres días de fuego ininterrumpido echarlos de los departamentos del frente de una línea de casas cuando ya estaban en posesión de la calle entera. Y después otro día para obligarlos a retirarse a través de los muros a la siguiente línea, donde todo lo que tenían que hacer era volver a comenzar la misma guerra. ¿Y cómo es posible que la naturaleza humana pueda tener tal fuerza y resolución? Entiendo que un individuo pueda estar constituido con tal valor en su carácter físico y moral para ser capaz de hacer esto; pero aquí no era solo un hombre o una centena, eran sesenta mil, donde no solo no había ni un traidor ni un cobarde, sino ninguno que no se sintiera mentalmente firme y seguro, e infatigable e invencible físicamente. ¿Cómo se puede explicar esto? (24-26).

© Ediciones Universidad de Salamanca

Bajo el epígrafe «El patriotismo»[12] su testimonio es también impagable:

> Una vez en Gerona, observé la catedral agujereada por las bombas y todavía luciendo señales de haber sido fortificada, y las calles enteras más o menos marcadas por la desolación de la guerra. Sentí que me encontraba entre una gente cuyo genio y carácter es diferente de cualquiera que haya conocido hasta ahora; ya que, aunque he estado en sitios donde se derramó mucha más sangre, no había encontrado nunca los rastros de un espíritu de resistencia como este (13).

Además de su heroicidad, Ticknor pone de relieve en sus *Diarios de viaje por España* la hospitalidad y nobleza de los españoles (en Aragón llega a asegurar que dejaría la cartera a cualquiera sin miedo a que se la robaran), de las cuales encuentra y describe muestras constantemente:

> Aquí [Madridejos, La Mancha], encontré una prueba singular de la hospitalidad y lealtad españolas. Mi licencia para el correo estaba aprobada por una orden personal del ministro, según la cual los jefes de las oficinas de correos debían recibirme con atención y proporcionarme cualquier ayuda que pudiera necesitar. El de Madridejos mostró, desde el momento en que entré en su casa, un tipo de obediencia solemne a esta orden que me llamó poderosamente la atención.
> Me relató una historia de un robo en el que se sustrajeron tres mil reales, y yo contesté que en un caso similar me hubieran quitado menos. Entonces le dio la impresión de que yo podía estar necesitado de dinero. Así pues, me dio a entender antes de nada que si necesitaba cualquier cosa, con toda la seguridad él me proporcionaría lo necesario. Y al no contestarle directamente, insitió más. En seguida me ofreció dinero, y no se dio por satisfecho hasta que le probé que ni lo necesitaba ni tenía miedo de necesitarlo. No fue un ofrecimiento formal; estoy seguro de que le podría haber pedido la cartera o incluso la casa a ese hombre (121-122).

Pero donde observa ejemplos más importantes del pintoresquismo del pueblo español es en sus divertimentos[13]. Entre estos destaca la atención

12. Los *Diarios de viaje por España* están estructurados por títulos que incluyen el lugar y la fecha del diario, así como epígrafes temáticos como el citado. Es curioso que los primeros editores de estos diarios hayan eliminado la mayor parte de estos títulos, restituidos en nuestra edición mencionada.

13. En un artículo que publicó Ticknor en la revista *North American Review* titulado «Amusements in Spain. Recollections of the Peninsula» (1825), donde principalmente reseñaba un libro de viajes por España de Moyle Sherer, *Recollections of the Peninsula* (1824; la primera edición es de 1823), el autor de la primera *Historia literaria española* reproduce, aunque reformulando la redacción, algunos fragmentos de la parte de sus *Diarios de viaje*

© Ediciones Universidad de Salamanca

que le presta al paseo por el Prado, que hace referencia a la extendida costumbre de las clases acomodadas de dejarse ver en sociedad. El paseo consistía en desfilar exhibiendo todo tipo de trajes y vestidos, así como en mostrar sus variados y ostentosos carruajes. Tanto los vestidos como los carruajes no era raro que estuvieran inspirados en las modas francesas, que por su parte contaban con sus propios paseos sociales similares al del Prado, como el de las Tullerías de París. Ticknor en sus *Diarios de viaje por España* se detiene, por ejemplo, en la descripción de los vestidos femeninos y la donosura de las mujeres españolas que tanto fascinaron a los viajeros extranjeros, como paradigmáticamente simboliza la *Carmen* de Prosper Merimée, muy posterior (1845):

> El paseo a pie en el Salón y en los paseos adyacente a él, no obstante, es completamente diferente. La mayor parte de las personas que concurren son mujeres. [...] Pero este efecto no se produce en ningún sitio tan llamativamente como en el Prado de Madrid, donde, por encima de todas las demás, las mujeres españolas se deleitan en acudir, y donde sus peculiares vestidos y modales pueden ser mejor exhibidos. Sin duda, el espectáculo mostrado aquí es totalmente único.
> Sus oscuras basquiñas resaltan tanto sus apasionadas fisonomías y sus ojos puros y penetrantes; hay tal gracia y coquetería en sus movimientos, en sus formas de llevar sus bellos velos, de saludarte con sus abanicos; y en la elegancia y gusto con que calzan sus pies, que cada vez que veo esta multitud singularmente pintoresca, mezclada con el gran número de oficiales de la guardia que están siempre allí con sus espléndidos uniformes, y que contrastan con el aún gran número de monjes y sacerdotes que visten trajes oscuros y severos, me cercioro de nuevo de que este es el cuadro en movimiento más sorprendente del mundo (62-63).

Entre otras diversiones que analiza, detengámonos por ejemplo en las típicas tertulias españolas, después de ilustrar la referencia obligada para todos los viajeros extranjeros: los toros. Afirma Ticknor en la línea de otros autores:

> La gran diversión, la diversión nacional por antonomasia, la diversión que se come a todas las demás es la fiesta de los toros. Es pura y exclusivamente española. Y la pasión con la que la demandan todas las clases sociales, y según parece desde siempre, es inconcebible para alguien que no haya sido testigo de ello (66-67).

---

por España sobre el paseo del Prado y la fiesta de los toros, demostrando así la importancia que concede a estas costumbres típicamente españolas.

Lo más curioso de este pasaje de los *Diarios de viaje por España* es cuando Ticknor describe su propia experiencia de asistir a una corrida de toros, de la que se ve forzado a salir antes de desmayarse:

> Hasta aquí, el esplendor de las ceremonias, la animación de la multitud, más de la mitad compuesta por mujeres vestidas con sus pintorescos trajes nacionales, y el gran efecto de una masa de catorce mil personas que puede ser abarcada en su totalidad con un simple vistazo, hace de este el espectáculo en su clase más excitante e imponente que jamás haya visto. [...] He *visto* esto porque estaba decidido a presenciar *todo* lo relacionado con esta diversión nacional tan extraordinaria. Pero no puedo entender cómo se le llama una diversión, pues es imposible concebir que algún ser humano haya sido creado para contemplarlo, si no es con repugnancia y aversión (76 y 79).

Respecto a las tertulias, hay que tener en cuenta que estas reuniones sociales le ofrecían a nuestro curioso viajero la oportunidad de conocer las clases medias-altas, a las que, como queda dicho, no termina de tener en muy buena estima. Pronto comprobó Ticknor que todo giraba en torno al acto de recibir gente en casa y emplear el tiempo en triviales conversaciones y juegos. Lo que para los nobles españoles era todo un signo de distinción, para Ticknor, en cambio, suponía un ejemplo de mal gusto y grosería:

> La del Marqués de San Iago era la casa más auténtica y completamente española que estaba abierta a los extranjeros en Madrid; la más española, pues, además de elegante y espectacular, ya que él es uno de los primeros nobles de la clase alta y extremadamente rico. La tertulia en su casa se reunía entre las diez y las once cada noche, y estaba compuesta por aquellos nobles que accedían a salir de sus propias casas. La diversión era jugar, y casi todos los caballeros fumaban. Muchos acudían mal vestidos, y todos eran ruidosos, groseros en sus modales y hasta cierto punto brutos. Era, sin embargo, considerada la más elegante y de moda y, en efecto, era la más numerosa y espléndida tertulia típicamente española de Madrid que pude ver (93).

Con todo, estas reuniones le depararon el conocimiento de algunas personas muy interesantes, como, por ejemplo, la Marquesa de Teba, María Manuela Kirkpatrick, que tan buena impresión le causó, o el *corps diplomatique*, donde trabó amistad con personajes como, por ejemplo, el americano George William Erving o el conocido militar británico Sir H. Wellesley, el Duque de Wellington.

En fin, para completar este panorama ilustrativo sobre los *Diarios de viaje por España* merece la pena que señalemos una última cuestión para

finalizar[14]: la admiración que siente Ticknor por el paisaje y los monumentos españoles. Son muchos los ejemplos que podríamos traer a colación (sobre la montaña de Montserrat, el Monasterio de El Escorial, los jardines de la Granja de San Ildefonso, la Mezquita/Catedral de Córdoba...), pero seguramente el más intenso de todos ellos es su visita a Granada. En los *Diarios de viaje por España*, se relata cómo, tras haberle sorprendido la noche absorto en la contemplación de la belleza de esta ciudad, Ticknor se debe resignar a volver a casa por la falta de luz, aunque con la idea de levantarse muy temprano para contemplar justo al amanecer un lugar que, según el siguiente fragmento –de cuidada factura estilística– demuestra, le conmovió de una manera muy especial:

> La mañana siguiente, a las cinco y media, estaba de nuevo en la cima del Generalife, con mis ojos fijos otra vez en el mismo escenario y paisaje encantador. La mañana fue tan bella como lo había sido la tarde. La llanura se iluminó gradualmente y, más allá, las montañas pasaron del gris al púrpura, y del púrpura al oro, mientras yo las observaba detenidamente. Los pájaros estaban por todas partes regocijándose del retorno del día en las arboledas y jardínes de la Alhambra, tan alegres como si fuera aún la capital elegida para el lujo árabe. Y los conventos de la ciudad y sus alrededores, justo en ese momento, llamaban a maitines. Así, de los más cercanos pude captar los tonos del órgano y del coro; mientras de los más lejanos, el tañir de la campana casi había muerto antes de que pudieran alcanzarme los golpes de la brisa de la mañana que transportaban el sonido. Todo estaba en armonía: la hora, la estación y el escenario. Y cuando el sol salió, lo hizo sobre uno de los paisajes más espléndidos y gloriosos del mundo (139).

Pero recapitulemos ya para terminar algunas de nuestras conclusiones en un breve apartado a tal efecto.

Itinerario físico y moral por España

Las últimas palabras de Ticknor en sus *Diarios de viaje por España* rememoran el novelesco episodio comentado sobre su paso a Portugal junto a un grupo de bandoleros:

> En conclusión, disfruté de buen ánimo todo el camino, y no tuve prisa por llegar a la frontera de Portugal. Allí me despedí del único país en el mundo

14. El interesado podrá encontrar más información sobre estos *Diarios de viaje por España* de Ticknor en el estudio introductorio de la edición anunciada.

© Ediciones Universidad de Salamanca

> donde podía haber llevado tal vida. El único, en efecto, donde habría sido más seguro estar bajo la protección de contrabandistas y personas al margen de la ley, que bajo la del gobierno, contra el cual se constituyen (170).

Esta es, claro, toda una síntesis de su opinión sobre su visita a la Península Ibérica y el carácter de los españoles. Ticknor, condicionado por sus románticos prejuicios sobre España y los españoles, no tardó en comprobar, de un lado, la belleza del país y sus monumentos, que describe con fruición, así como su admirable pueblo; y de otro, la mala situación en que se halla una nación que está en manos de un monarca extranjero e ignorante, un Gobierno decididamente anticuado y un poder eclesiástico que, como confiesa en una ocasión, ni siquiera había visto en Roma.

En los *Diarios de viaje por España*, merced al esquema tradicional de este tipo de obras y la mirada ingenua y sincera del extranjero que visita un país desconocido, queda perfectamente plasmado este fuerte contraste entre la grandeza del pueblo español y la belleza de su paisaje y monumentos, y la situación socio-política de la España de 1818. Así, además de profusas descripciones con abundante información geográfica, se glosa constantemente la valentía del pueblo para resistir la conquista de los romanos, los árabes o la reciente invasión del ejército napoleónico –de la que encuentra terribles huellas–, además de dejar suficientemente patente el carácter amable y alegre de una gente que conserva su pasión por sus costumbres y divertimentos tradicionales. Pero, al mismo tiempo, también se insiste en el deterioro del país, debido sobre todo al derroche de tiempo y dinero de las clases medias-altas en triviales ocupaciones y la elusión de su responsabilidad patriótica de ayudar para que su país vuelva a ser tan relevante como en el pasado.

Esto último es, a juicio de Ticknor, la causa principal de la gran lacra del país: el abandono de su esencia nacional, que nace del desamparo en que se encuentra el pueblo llano, sumido en la falta de educación y miseria más absolutas. Una miseria que también padecen los intelectuales que no se han exiliado del país, y que en otros tiempos eran autores que contaban con una repercusión internacional que daba fama y gloria a España. Esta es, en suma, la triste conclusión de Ticknor en 1818 sobre el estado de España y su cultura. Pero esta es también la tesis fundamental del final de su *History of the Spanish Literature* (1849), donde incluso carga más las tintas contra la dinastía de los Borbones, que acusa de ser una influencia foránea nefasta que traiciona al carácter nacional español, cuyo futuro está en peligro.

El viaje de Ticknor por España fue motivado, más allá de la curiosidad del joven estudiante de lenguas modernas, como una oportunidad

de observar y analizar *in situ* el carácter nacional de un país y un pueblo que gozaban de una Historia y cultura sobresalientes. El interés por este concepto del carácter nacional, auténtica esencia que cohesiona al pueblo español según los planteamientos del momento, no sería descabellado pensar que respondía también a la posibilidad de tomarlo como ejemplo para la reciente nación de los Estados Unidos.

Los *Diarios de viaje por España* de George Ticknor son, en conclusión, un testimonio autobiográfico –con una prosa muy cuidada en ciertos momentos– fundamental del importante hispanista y pionero viajero norteamericano por España nacido en Boston. Pero son sobre todo un retrato socio-político de España a la altura de 1818 y un ensayo sobre el *Volksgeist* español y sus manifestaciones en el pueblo y sus costumbres que no oculta la alabanza y la crítica de un país y una cultura a los que George Ticknor rindió tributo toda su vida. Su lectura, a buen seguro, no decepcionará a los interesados por alguna de las cuestiones aquí presentadas.

Bibliografía

Alburquerque, Luis, «Los "libros de viaje" como género literario», en Giraldo, Lucena Manuel y Pimentel, Juan (eds.), *Diez estudios sobre literatura de viajes*, Madrid, CSIC, 2006, pp. 67-88.

Almarcegui Elduayen, Patricia y Romero Tobar, Leonardo, coords., *Los libros de viaje. Realidad vivida y género literario*, Madrid, Akal, 2005.

Álvarez Junco, José, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001.

Carmona Fernández, Fernando y Martínez Pérez, Antonio (eds.), *Libros de viaje*, Murcia, Universidad de Murcia, 1996.

Carrizo Rueda, Sofía M., «Hacia una poética de los relatos de viaje. A propósito de Pero Tafur», *Incipit*, 14 (1994), pp. 103-144.

— «Morfología y variantes del Relato de Viajes», en Carmona Fernández, Fernando y Martínez Pérez, Antonio (eds.), *Libros de viaje*, Murcia, Universidad de Murcia, 1996, pp. 119-126.

— *Poética del relato de viaje*, Kassel, Edition Reichenberger, 1997.

Cristóvao, Fernando, coord., *Condicionantes culturais da literatura de viagen. estudos e bibliografias*, Lisboa, Ediçoes Cosmos/Universidad de Lisboa, 1999.

Dewey Amner, F., «Some Influences of George Ticknor upon the Study of Spanish in the United States», *Hispania*, vol. 11, n.° 5 (1928), pp. 377-395.

Farinelli, Arturo, *España y su literatura en el extranjero a través de los siglos*, Madrid, La Lectura, 1902. [Originalmente fue una conferencia impartida en el Ateneo científico, literario y artístico de Madrid, el diecinueve de enero de 1901].

— *Viajes por España y Portugal. Desde la Edad Media hasta el siglo XX. Nuevas y antiguas divagaciones bibliográficas* (4 vols.), Roma, Accademia Nazionale dei Licei, 1979.

FERNÁNDEZ CIFUENTES, Luis, «La literatura española en los Estados Unidos: historia de sus historias», en Romero Tobar, Leonardo (ed.), *Historia literaria/Historia de la literatura*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2004, pp. 253-272.

FOX, Inman, *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, Cátedra, 1997.

FUSI, Juan Pablo, *España. La evolución de la identidad nacional*, Madrid, Temas de hoy, 2000.

GASQUET, Axel, «Bajo el cielo protector. Hacia una sociología de la literatura de viajes», en Lucena Giraldo, Manuel y Pimentel, Juan (eds.), *Diez estudios sobre literatura de viajes*, Madrid, CSIC, 2006, pp. 31-66.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador, «Acerca de George Washington Montgomery, Washington Irving y otros hispanistas norteamericanos de la época fernandina», en VV.AA., *Ideas en sus paisajes. Homenaje al profesor Russell P. Sebold,* Alicante, Universidad, 1999, pp. 195-201.

GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, Carlos, *Diccionario de viajeros españoles. Desde la Edad Media a 1970*, Madrid, Ollero y Ramos, 2004.

GUILLÉN, Jorge, *Obra en prosa*, en Díaz de Castro, Francisco J., ed. Barcelona, Tusquets, 1999.

HART, Thomas R., «George Ticknor's *History of Spanish Literature*. The New England Background», *PMLA*, 69 (1954), pp. 76-88.

HILLARD, George S., *Review of Ticknor's «History of Spanish Literature»*, Cambridge, Metcalf and Company, 1850.

JAKSIC, Iván, *Ven conmigo a la España lejana. Los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispánico, 1820-1880*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.

KAGAN, Richard L. (ed.), *Spain in America. The Origins of Hispanismin the United States*, Urbana, University of Illinois Press, 2002.

LUCENA GIRALDO, Manuel y PIMENTEL, Juan (eds.), *Diez estudios sobre literatura de viajes*, Madrid, CSIC, 2006.

MAINER, José-Carlos, *Historia, literatura, sociedad (y una coda española)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

MARTÍN EZPELETA, Antonio, *Las Historias literarias de los escritores de la Generación del 27*, Madrid, Arco/Libros, 2008.

— «Apuntes sobre el género de los *Diarios de viaje por España* de George Ticknor», en Pérez Chico, David y Paz Rodríguez, Luisa (eds.), *El diario como forma de escritura y pensamiento en el mundo contemporáneo (Zaragoza, 22-23 de octubre de 2009)*, en prensa a.

— «Notas sobre el carácter nacional. Los *Diarios de viaje por España* de George Ticknor», en VV.AA., *Actas del Congreso «Literaturas e identidades nacionales» (San Sebastián, 26-27 de diciembre de 2009)*, en prensa b.

MEREGALLI, Franco, «George Ticknor y España», en Sotelo Vázquez, Adolfo, coord. y Carbonell, Marta Cristina (ed.), *Homenaje al profesor Antonio Vilanova*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1989, vol. 2, pp. 413-426.

NÚÑEZ RUIZ, Gabriel y CAMPOS FERNÁNDEZ-FÍGARES, Mar, *Cómo nos enseñaron a leer. Manuales de literatura en España, 1850-1960*, estudio preliminar de Juan Carlos Rodríguez, Toledo, Akal, 2005.

ORTAS DURAND, Esther, *Viajeros ante el paisaje aragonés (1759-1850)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1999.

— «Apéndice bibliográfico sobre viajes y viajeros por España en los siglos XVIII y XIX», en Almarcegui Elduayen, Patricia y Romero Tobar, Leonardo, coords., *Los libros de viaje. Realidad vivida y género literario*, Madrid, Akal, 2005, pp. 92-103.

— *Leer el camino. Cervantes y el «Quijote» en los viajeros extranjeros por España (1701-1846)*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2006.

PEÑATE RIVERO, Julio, «Camino del viaje hacia la literatura», en Peñate Rivero, Julio (ed.), *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, Madrid, Visor, 2004, pp. 13-29.

— ed., *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, Madrid, Visor, 2004.

PÉREZ ISASI, Santiago. *Identidad nacional e Historia de la literatura española (1800-1939)*, tesis doctoral inédita dirigida por los profesores José María Pozuelo Yvancos y Elena Artaza Álvarez, Universidad de Deusto, 2008.

PÉREZ PRIEGO, Miguel Ángel, «Estudio literario de los libros de viajes medievales», *Epos*, 1 (1984), pp. 217-238.

POZUELO YVANCOS, José María, «Ángel Valbuena: La renovación de la Historiografía literaria española», *Monteagudo*, 3.ª época, 5 (2000), pp. 51-69.

RATHBUN, John W., «The Philosophical Setting of George Ticknor's *History of Spanish Literature*», *Hispania*, vol. 43, 1 (1960), pp. 37-42.

REGALES SERNA, Antonio, «Para una crítica de la categoría *literatura de viajes*», *Castilla*, 5 (1983), pp. 63-85.

ROMERA NAVARRO, Miguel, *El hispanismo en Norte-América. Exposición y crítica de su aspecto literario*, Madrid, Renacimiento, 1917.

ROMERO TOBAR, Leonardo, *La literatura en su historia*, Madrid, Arco/Libros, 2006.

— ed., *Historia literaria/Historia de la literatura*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.

— ed., *Literatura y nación. La emergencia de las literaturas nacionales*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2008.

SERRANO, María del Mar, *Las guías urbanas y los libros de viaje en la España del siglo XIX. Repertorios bibliográficos y análisis de su estructura y contenido (Viajes de papel)*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1993.

SILVA, Lorenzo, *Viajes escritos y escritos viajeros*, Madrid, Anaya, 2000.

— «Vivir y viajar, hacerse uno y hacerse otro», en Peñate Rivero, Julio (ed.), *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, Madrid, Visor, 2004, pp. 33-43.

TICKNOR, George, *Syllabus if a course of lectures on the hystory and criticism of Spanish Literature*, Cambridge, University Press, 1823.

— «Amusements in Spain. Recollections of the Peninsula», *North American Review*, vol. 21, 12 (1825), pp. 52-78. [En el artículo no figura la autoría de George Ticknor].

— *Life, Letters, and Journals of George Ticknor* (2 vols.), 1876, ed. George S. Hillard *et al.*, Boston, Johnson Reprint Corporation, 1968.

— *Ticknor's Travels in Spain*, Northup, G. T. (ed.), Toronto, The University Library, 1913.

— *Historia de la literatura española* (4 vols.), 1849, trad., adiciones y notas críticas Pascual de Gayangos y Enrique de Vedia, Madrid, Rivadeneyra, 1851.

— *Diario*, Madrid, pról. y trad. de Antonio Dorta, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1952.

— *Two Boston Brahmins in Goethe's Germany. The travel journals of Anna and George Ticknor*, Adam, Thomas y Mettele, Gisela (eds.), Lanham/Boulder/New York/Toronto/Oxford, Lexington Books, 2009.

TYACK, David B., *George Ticknor and the Boston Brahmins*, Cambridge, Harvard University Press, 1967.

VILLAR DEGANO, Juan Felipe, «Paraliteratura y libros de viaje», *Compás de Letras*, 7 (1995), pp. 15-32.

— «Reflexiones sobre los libros de viaje», *Letras de Deusto*, vol. 35, 108-109 (2005), pp. 227-250.

WULFF, Fernando, *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona, Crítica, 2003.